

nozcan modelos extranjeros; que adapten al castizo estilos ajenos; que revivan viejas bellezas, siempre jóvenes; en resumen, que su poesía se vigorice por el cruzamiento.

Y á esto han contribuído muchísimo Menéndez Pelayo y Valera. No son poetas sugestivos; no se dejan arrebatar por el ímpetu propio, lo que demuestra la escasa energía de éste; pero reflejan á maravilla hermosuras de otros parnasos. Unos poetas, como Homero, son discípulos del mar; otros, como Virgilio, de los bosques y los campos; los poetas bíblicos se inspiran en la fe religiosa; y así van bebiendo los demás en varias fuentes; en el sentimiento, en la imaginación, en el amor patrio, en la voluptuosidad, en las tradiciones. . . . Menéndez Pelayo es un discípulo de los grandes poetas antiguos. Recita pensamientos de ellos en irreprochable forma española. En Grecia está la patria de sus ideas. ¿Que no es poeta de hoy? Convenido. Su mismo amor al arte lo detiene y le pone trabas; su odio á todo lo vulgar, le obliga á ser parsimonioso en la producción poética: es poeta de hace muchos siglos, que nació hace poco.

Valera es menos helénico; le gustan más que á Menéndez las literaturas exóticas; tiene buen paladar para gustar de las modernas y novísimas; y ambas, presentando, en buen español, dechados de belleza recogidos en sus viajes intelectuales, corrigen la poesía patria de esa hinchazón, de esa superabundancia, de esa excesiva espontaneidad y de esa suficiencia que la pierden. Porque son menos músicos que los demás, curan una literatura enferma de melomanía. Porque reviven á los muertos inmortales y hospedan á los próceres modernos, son útiles á una poesía que tiene cerradas todas sus puertas y que ya no lleva flores á la tumba de los clásicos.

Todos estos merecimientos y otros muchos más se le escapan á D. Antonio de Valbuena, y por eso dije que no es crítico; mas la demostración de semejante dicho ya no me cabe en este artículo.



EL DR. PEREDO.

El anterior domingo hablaba yo de una obra y de un poeta que marcan cierto breve y entusiasta período de la vida literaria en México. Hoy, desdichadamente tengo que hablar de un conocido escritor que murió anteayer y que era también representante de otra época, acaso la más próspera de las letras mexicanas: D. Manuel Peredo.

Si tuviera tiempo iría á conversar con Pancho Sosa, allá en su archivo de Fomento, y él, que sabe todo, él, que recoge con religioso escrúpulo todos los datos y noticias que redundan en honra de México; él, que ni de vista conoce la envidia y ha procurado hacer las biografías de todos los literatos prominentes de nuestra patria y dar á conocer á éstos en el extranjero, daríame bondadosamente avisos fidedignos y oportunos respecto á la vida y á las obras del Dr. Peredo. Por desventura, el periodista nunca tiene más tiempo disponible que el *Tiempo* de papel; y no he enriquecido aún mi pobre biblioteca con los *Contemporáneos* de Sosa, libro que, probablemente, ha de contener la biografía del pulcro literato y buen amigo á quien todos, por cariño, llamábamos Peredito. Hablaré, pues, de oídas, ó, mejor dicho, de lecturas y recuerdos.

Ahora lamento más haber prestado, y por consiguiente perdido, tantos libros: *La Semana Literaria*, el *Renacimiento*, el *Domingo*. . . En esos tomos corren dispersos los artículos y las poesías de Peredo; porque no sé que ni de prosa ni de verso haya dejado, en vo-

lumen impreso, colección alguna. Sólo tengo aquí el folletito en que reunió sus preciosos artículos sobre la tragedia *Edipo* y el pequeño tratado de Retórica y Poética. Lo demás de su producción intelectual, anda braceando y próximo á ahogarse en las revistas literarias y en la prensa política. Tuvo él la dejadez que aqueja aquí á casi todos los que cultivan la literatura. Por falta de estímulo, por carencia de recursos ó de protección, por desencanto ó por desesperanza de llegar á ser leídos y estimados, dejan ellos en el cajón de la mesa ó en la hoja efímera de una publicación cualquiera, obras dignas de mejor suerte. Esta merecen todas las de Peredo, y si Dios no lo remedia, caerá sobre muchas de ellas el ala negra del olvido.

Para mí, Peredo era el representante del renacimiento literario que se realizó á raíz de la restauración republicana; no porque fuera su iniciador ni su apóstol ni su figura más conspicua, sino porque estuvo ligado á él íntimamente y fué algo así como su historiador ó su cronista. Ya, con anterioridad, había publicado críticas y versos, como que, según presumo, ya rayaba, al morir, en los sesenta años. Pero, á pesar de eso, Peredo no fué Peredo en realidad, hasta que Juárez no volvió triunfante.

El movimiento literario que hubo durante el imperio de Maximiliano fué insignificante. De él no quedarán acaso más que las *Serenatas* de Zorrilla á la Emperatriz Carlota y algunas poesías del elegantísimo Roa Bárcena. Por lo menos, no conozco publicaciones literarias de aquella época que señalen intensa vida intelectual. En honor de la verdad, Maximiliano quiso impulsar el desarrollo de las letras: hizo un teatro destinado á que en él se representaran preferentemente, convocó un concurso para premiar con fuerte suma el mejor drama y la comedia; y dió algunos otros pasos para conquistar la simpatía de la gente de pluma. Pero los hombres de pluma eran, antes que todo, mexicanos y necesitaban de ésta para combatir á los invasores. De modo que hasta que volvieron Iglesias, Prieto, Riva Palacio, Altamirano, etc., no tuvimos vida literaria propiamente dicha.

Muy acertado fué el título que escogieron los fundadores del *Renacimiento*, porque renacimiento literario fué, en verdad, el que tuvimos en los primeros años de la restauración. Los hombres de letras que habían tomado parte activa en la lucha contra los franceses, regresaban á sus libros más amorosos y entusiastas, como se vuelve, tras de larga ausencia, á los brazos de la esposa amada.

Entonces Altamirano fué graduado de maestro y Riva Palacio formó un núcleo de escritores en su elegante, hospitalaria casa. Y, al calor de esos hogares intelectuales, rompieron su crisálida mariposas deslumbrantes. Organizáronse veladas literarias — por desgracia sobrado suntuosas, — y Martínez de la Torre recibió como á reyes, en sus áureos salones, á los príncipes y á la pequeña nobleza de las letras. Escribía Santacilia que ¡ay! no ha vuelto á escribir. Comenzaba á describir su trayectoria luminosa Justo Sierra. Publicaba Vicente Riva Palacio sus novelas, vulgarizando la historia patria; novelas que no son por cierto su mejor timbre de gloria, pero que indican una nueva corriente en la literatura mexicana, el deseo de nacionalizarla, de romper con la rutina y el tradicionalismo. En las esquinas, grandes cartelones encarnados anunciando el *Libro Rojo*; y carteles blancos trayéndonos la buena nueva de que iba Altamirano á publicar su *Clemencia*. Por aquel tiempo Acuña fué Acuña y Flores fué primavera.

Omito á muchos, primeramente porque eran muchos lo notables, y luego porque no fuí de aquella época ni tengo á mano datos suficientes para reconstruirla. Pero ahí están las publicaciones literarias de aquel tiempo, y en ellas muchos nombres ilustres y muchos escritos de gran mérito. El *Renacimiento* no sólo fué un gran semanario, sino un buen negocio para sus editores. Y ¡qué preciosidades contiene! Para mí el *Renacimiento* es Altamirano, como el *Domingo* es Santiago Sierra, no porque fueran éstos los más asiduos colaboradores de esas publicaciones, sino porque sus obras fueron las que más cautivaron mi atención. Muchos de los de entonces han desaparecido: otros están olvidados. ¿Quién, por ejemplo, recuerda á Luis Ponce, cuyas poesías eran dechado de ternura y melancólica belleza? ¡Así se naufraga en la prensa y se hunde el poeta en el olvido!

De aquel gremio, de la casa de Facundo, de las veladas literarias, de la *Semana Literaria*, del *Renacimiento*, del *Domingo*, era el Dr. Peredo. En tales periódicos escribía de preferencia críticas dramáticas. Este era su género predilecto. Y ¡con qué acopio de erudición, con qué sano criterio, con qué galana sencillez, con qué tersura y corrección de estilo, escribía aquellas revistas! Parecíanse por lo buenas, por lo pulcras, por lo instruídas, por lo seriamente elegantes. . . . á D. Casimiro del Collado.

Durante aquel período animóse muchísimo el teatro. Vino Eduar-

do González con una buena compañía y no rechazó, que antes buscó, producciones de autores mexicanos. No hago memoria de todas, sino de poquísimas; pero recuerdo una de Torroella, aquél á quien todos querían y aplaudían por fuerza, hasta sus malquerientes, al oírle leer versos; la *Piedad*, de Justo Sierra; las *Plantas venenosas*, del Barón Gostkowski; algo de Rafael de Zayas, tan inspirado como todo lo suyo; y no sé si entonces ó poco después se pusieron en escena obras de Gustavo Baz, la *Fernanda*, *verbi gratia*, y el *Lirio entre Zarzas*, de la insigne Sra. Isabel Prieto de Landázuri. Sí, estoy seguro de que representó Eduardo González la *Serafina* de Sardou, arreglada á la escena española por el Dr. Peredo, y el *Duelo* de Ferrari, traducido del italiano por el amigo cuya muerte hoy deploramos. También durante aquella época refundió Peredo con acierto singular una comedia de Sor Juana.

De todo esto sabe mucho Enrique de Olavarría, que tomó eficaz participación en aquel renacimiento, y que tanto ha hecho y ha de hacer todavía, Dios mediante, en bien de la historia y de las letras mexicanas.

Las críticas de Peredo eran famosas, y á fe que con justicia. Sin pasión, sin excesiva severidad, cuando de autores noveles se trataba, escribía de manera que, sin lastimar á nadie, fueran fructuosos sus consejos, útiles sus advertencias, fecunda su erudición. Pero de todas sus críticas la mejor y perdurable es la de *Edipo*, tragedia de Martínez de la Rosa, dada aquí por D. José Valero.

¡Cómo recuerdo á D. José en ese papel! Entonces sí ya iba al teatro, y tal me impresionó el autor español en la tragedia, que deseoso de borrarle esa impresión dolorosa, concurrí á la representación del «Drama Nuevo,» creyendo—vean ustedes mi ignorancia!—que era esta obra festiva.

Después he releído la crítica de Peredo: es una obra acabada. Creo que ésta y la de *Medea*, obra de Altamirano, son las dos críticas dramáticas mejores de cuantas se han escrito en México.

El doctor traducía también, sin duda para ayudarse á ganar el pan de cada día, las *Humoradas dominicales* que publicaba á la sazón Gostkowski en el *Domingo*, y que siguió luego publicando en la *Revista Universal*. ¡Qué simpático es el tal Barón! Tiene mucho talento; pero no siempre, en aquel entonces, le daba la gana de tener talento. Conocíanse muy poco por aquellos años, los periódicos parisienses; y el Barón tenía siempre junto á su cama un alto

de ellos. Cuando despertaba soñoliento ó modorro, después de alguna cena succulenta, cogía al acaso alguna de esas hojas, cortaba el artículo que mejor le parecía, y, poniendo su firma al calce, dábalo al Doctor, diciéndole con su aplomo proverbial:

—Ahora reimprimiré este artículo mío, publicado en París.

Así es que Peredito tradujo mucho Pelletan, mucho About, mucho Girardin y, sobre todo, mucho Rochefort. Tan es así, que cuando circuló en la capital la falsa nueva de que Rochefort había muerto en un duelo, el *Federalista* comentó la noticia de este modo: «enviamos nuestro sincero pésame al Barón Gostkowski, porque ha perdido á uno de sus colaboradores más inteligentes.»

A sus trabajos de crítico y de traductor, juntaba Peredo los de poeta. No escribió mucho en verso; pero sí bastante bueno y, algo, muy bueno. Su oda *A la noche* es un modelo. Su *consorcio imposible*, en el que se lamenta de no poder ejercer al propio tiempo los para él inconciliables oficios de médico y poeta, rebosa gracia y donosura.

Después enmudeció el querido Doctor. Lo hicieron académico. Consagróse á dar, primero, su cátedra de declamación en el Conservatorio, y luego la de español en el colegio de las Vizcaínas, cátedra que hasta sus últimos días desempeñó. Pero, eso sí, siempre iba al teatro; y siempre hacía críticas, ya no por escrito, ya no impresas, pero sí de palabra. . . . y hasta con gestos y con señas.

Paréceme estarlo mirando en la Botica establecida frente al teatro Principal. ¡Siempre en, ó cerca del Teatro! Allí conversaba con Alfredo Chavero, con D. Antonio García Cubas, con Justo Sierra, con Julián Montiel, con Calibán (Gustavo Baz), cuando Calibán no era ministro. Siempre en sus labios el cigarrillo, y detrás del cigarrillo, la agudeza oportuna, el cuento que hace reír, la anécdota regocijada, la respuesta que va derecho al blanco! ¡Allí siempre con sus queridos amigos. . . . Acaso, acaso también fué á la galería de la ópera, como era su costumbre. . . .

Todos lo queríamos muchísimo como amigo. . . . Mucho lo estimábamos todos como literato. . . .

Y, ahora, aquel Peredito que tan poco lugar ocupaba en su lecho de enfermo, y que tanto lugar ocupa en nuestro cariño y en nuestra memoria, ya no irá á su tertulia vespertina. . . . ya no irá á la ópera.

Deja un sitio vacante en la Academia. Ése puede llenarse! Pero ¿quién llenará el que deja en la banca de esa botica en donde conversábamos con él?



MONTECRISTO.

He tenido el gusto de saber por los carteles de teatro que todavía no ha muerto el señor conde de Montecristo. Lo conocí hace tantos años—y ya en aquel entonces era viejo,—que ya lo creía enterrado en una fosa de primera clase. Pero, vive.

Tengo alboroto de volver á verlo, ¡Qué simpático me pareció cuando lo conocí! ¡Tan rico, tan buen mozo, tan gastador, tan generoso . . . ! Me figuraba que iba á prestarme dinero . . .

Después, el conde de Montecristo y yo, no volvimos á vernos. Hasta creo haber hablado mal de él, y me arrepiento de tales habladurías, porque estoy ahora de uñas con la novela dogmática ó inmoralizadora, y echo de menos la novela que entretenía sin enseñar más que talento. Siempre que viajo, siempre que me enfermo y guardo cama, lamento haber leído el *Conde de Montecristo*, *Los Tres Mosqueteros*, *Los Mohicanos*, *El Judío Errante*, *Los Misterios de París*, y hasta otras novelas de autores mediocres vaciadas en un molde semejante. Tal vez ninguno ha divertido tanto á la humanidad como Dumas padre. Y francamente, lo que piden los niños, las mujeres y los hombres, al literato, es entretenimiento. Lo que deseamos es que nos cuenten mentiras. Esas son las bonitas. Y hoy los autores de novelas se empeñan en contarnos verdades, que tal vez sean mentiras, pero que son feas, sin tal vez. Otros no cuentan mentiras ni verdades sino tonterías.

Hay, por ejemplo, novelas modernas escritas con muclísimo in-

genio y cuyo argumento es la vida de una persona á la que nunca le sucedió nada. Sabemos á qué hora se levantaba esa persona, qué comía, cuál era la causa fisiológica de su afición á los rabioles, porqué estuvo enferma de laringitis, etc., etc. Pero al cerrar el libro se pregunta uno:—Bueno, ¿y á mí qué me importa todo eso?— Así hay gentes que paran á cualquier amigo en una esquina para referirle mil sandeces. Con esas tenemos alguna amistad, y sin embargo nos aburren. ¿Cómo no han de aburrirnos los personajes novelescos de la calaña referida? Una gran parte de las novelas en moda se reduce á enterarnos de las razones que tuvo doña fulana para engañar á su marido. Esas razones casi siempre son las mismas; ya lo sé; y aunque no las supiera sería igual, porque, maldita la falta que me hace conocerlas. No conozco á ese marido, no tengo la culpa de lo que le pasa, no puedo salvarlo, y sobre todo, no es un tipo único: hay muchos maridos burlados con quienes tropiezo á cada rato, y aunque éstos pudieran inspirarme un interés mayor, no los detengo para oír sus cuitas, ni mucho menos les pago porque me las digan.

Cuando compro una novela, es porqué deseo divertirme. Mientras más inverosímil sea, mejor. Mentiras, eso es lo que compro. Verdades me las dan gratis.

Por eso dije que me encanta el *Montecristo* y que me agradan todos los libros de ese género, cuando están escritos con talento. ¡Lástima que no puedan leerse más que una sólo vez! En mis estantes guardo con mucho cuidado la *Condesa de Charny*, *José Balsamo*, *El Collar de la Reina* y otras muchas novelas parecidas que aún no leo, para leerlas luego que me enferme. No hay mejores compañeros de encierro que esos libros. Con ellos se descansa. Parece que en su lectura se acuesta la imaginación. Ellos no le piden al pensamiento que trabaje. Muy al revés, lo obligan á estarse quieto, ó lo dejan divagar á su antojo. Son esas novelas como las sultanas Scherezadas de los pobres.

En todos nosotros, aun en los más incrédulos, hay cierta invencible tendencia á lo maravilloso. Por eso nos gusta lo que sale de lo común, lo que no es verdad, lo que no puede ser. ¿Qué hombre conocemos parecido á Montecristo? Ninguno, y por eso es hermoso. Primero nos cautiva la historia de sus aventuras, por lo amena, por lo pintoresca, por lo extraña. Pero luego, cuando ya avanzamos en edad, vemos que encierra algo eterno: la fuerza del oro y el placer de la venganza. Todas las leyendas, todos los cuentos que pasan de

generación en generación, es porque les presta vida y es su alma alguna verdad expresada en forma simbólica.

Barba Azul, por ejemplo, uno de los primeros personajes con quienes trabamos amistad desde niños, es un símbolo de feudalismo. Su figura torva está en el primer libro que leemos.

Viene á nosotros con las heroínas y los héroes de esas leyendas sobrenaturales que se refieren á los niños por la noche, para que la audición de lo maravilloso los consuele de haber venido al mundo. Viene con Aladino, el mozo apuesto cuya lámpara maravillosa se asemeja á la antorcha de la fe; con Alí-Baba, el arquetipo de los bandoleros; con esa pobre, esa humilde, esa infeliz Caperucita roja, á quien el ogro aprieta entre sus brazos musculosos; con todos los dioses y semidioses de ese olimpo que se extiende entre la selva donde Macbeth vió á las brujas, y las brumas del Brocken. Barba Azul, como Júdas, recibe las primicias de nuestro odio.

La leyenda es la forma popular del pensamiento en la Edad Media. Esos sencillos cuentos que entretenían nuestros ocios, de niños, entretuvieron y consolaron á todo un pueblo. El vasallo, el siervo y el esclavo, se consolaban de las congojas y asperezas de la realidad con el dorado mundo de los sueños. Vivía durmiendo. Todos le rechazaban; él, encorvado sobre la gleba, sufría solo, y cuando sonaba la última hora del trabajo, iba á cerrar los ojos á su choza, para no ver los seres y las cosas y viajar por el mundo de las quimeras y de las idealidades. Así nació la mística leyenda de oro. Los pobres, los humildes, los menesterosos, se consolaban con la contemplación de esos santos que llegaron al cielo con las plantas desangradas, miserables y desnudos. La Iglesia les alentaba y les decía: «el camino del cielo es un camino de dolores.» Esa esperanza inmensa fué como el alimento de su alma. El ala del sueño los llevaba á Dios. La leyenda les daba á comer su cuerpo y á beber su sangre.

Los cuentos de hadas nacen, cuando hombres y mujeres dejan el comunismo grosero de la villa y empieza á determinarse la santa idea de la familia. La villa era como al *ergastulum* de los antiguos, una mezcla promiscua de hombres y mujeres. Su moral era idéntica á la moral de los patriarcas, que creían cometer pecado uniéndose en matrimonio con una extranjera, y no permitían más que el consorcio entre parientes. Los *Penitenciarios* de aquel tiempo, en los que se refieren por menor los pecados vulgares, conservan el recuerdo de estas épocas. La idea de la familia no nació hasta que el

hombre, como el ave, pudo hacer un nido. Entonces murió la hembra y apareció radiante la mujer.

Ya está sola; ya tiene una cabaña hecha de tablones mal unidos, por cuyas rendijas se cuele silbando el viento de invierno; ya tiene hogar, ya tiene un banco, un lecho y un cofre.

En ese hogar naciente y miserable, nace la leyenda. En los rincones está el duende familiar. Encima de la cama, revolotean las hadas por la noche. El esclavo, que vive en la indigencia, busca con la imaginación un mundo de servidores obedientes. Las hadas eran trabajadoras; todavía se dice: *cose como una hada*. Mientras la mujer hila en su tosco huso, los duendes y las hadas vuelan en su torno. ¿Quiénes eran las hadas? Unas reinas de Galia, que no quisieron reconocer á Jesucristo, y que están condenadas á vivir mientras el mundo exista. ¡Triste pena! Antes eran enormes; hoy son diminutas, como la Reina Cab, cuya carroza regia está hecha en una cáscara de nuez. Las *kowringgwans*—hadas enanas,—son las reinas de ese brumoso mundo sobrenatural.

Seguid la filiación de esos maravillosos cuentos de hadas. Cada uno nace de un dolor y de una lágrima. El dolor ha creado el arte en todas sus manifestaciones y sus formas. Seguid el curso de los ríos y llegaréis al Océano. Seguid la historia de la leyenda y llegaréis al corazón del pueblo. Ese ogro que devora á los pequeños, no es más que el símbolo popular de las terribles hambres que asolaron, como un viento de muerte en la Edad Media. Esos diamantes que adornan como estalactitas la corona de Aladino, son las cristalizadas lágrimas del pueblo. Sueña el ciego que ve y el pobre que posee. Ansia de amor sobrecoge sus almas, y crean ese admirable cuento de la *Hermosa durmiente* que les aguarda en el silencio de los bosques.

Miran en torno suyo, y ven á la mujer afeada por el trabajo y la miseria; entonces, para redimirla, para purificarla, inventan esa fábula doliente de una hermosa oculta bajo la forma de una bestia. Todos persiguen con la vista las curvas que dibuja en el espacio el *Pájaro azul*, esto es, el ideal. Todos repiten como un coro aquella exclamación de Rückert: ¡alas! ¡alas! Allí está el ahogado dolor de la aldeana, á quien dice el corazón: debes ser bella para agradar á tu señor, y á quien responde el ondulante espejo del arroyo: ¡tú eres fea! Allí está la congoja del vasallo que riega de sudores y llanto el terruño, pero que tiene un alma, ¡alma que sueña con las

erguidas castellanas de vistosos trajes, que atraviesan en su caballo blanco la llanura!

Es el antiguo idilio del Oriente: la rosa que se enamora del ruiseñor: la cosa inmóvil enamorada de la cosa alada. Pero aquí la rosa no tiene espléndido matiz: está desnuda de hojas; y el ruiseñor es una ave cobarde de rapiña. Ahí está escrita la eterna aspiración al ideal. La imaginación macerada por el ayuno, es la que crea mejores palacios fabulosos.

Los hambrientos son los autores del mundo sobrenatural. Toda esa riqueza, todas esas pedrerías que abundan en las leyendas y en los cuentos, fueron creadas por un pueblo que carecía de pan y carecía de amor: forman la historia de su aspiración. Por eso vemos cómo en la leyenda la esclava ama tanto que llega á ser amada; y el mónstruo se enamora de tal suerte que se vuelve hermoso.

Esas leyendas marcan también las injusticias y las ignominias. La compasión popular desciende como un rocío sobre el dolor. Ahí está la madrastra que golpea á la niña Cenicienta, y la garrida castellana presa en las redes del feroz barón. Todo lo que sufre y todo lo que llora tiene cabida en esas narraciones. Los animales, en los cuentos de hadas, tienen alma también como nosotros. Leed el cuento de «Piel de Asno.» Creeríase escrito por Michelet. La redención sublime del amor alcanza á todos. La leyenda es la historia de la Edad Media contada por la mujer.

\* \* \*

¿No creéis que el *Montecristo* cuando haya transcurrido mucho tiempo, será también considerado como símbolo de la aspiración á poseer que agita á las generaciones modernas? Es el *Don Juan* del socialismo. Y, exactamente, el *Montecristo* se escribió cuando tenían en Francia mayor boga las doctrinas socialistas; y cuando Eugenio Sué las explotaba en la novela. Adquirir fortuna y vengarse de las injusticias sufridas; ese es su fondo filosófico . . . . Pero ¡Dios mío! ¡qué viejo y qué pedante debo de estar cuando ya le descubro filosofías al *Montecristo*!





BUSCANDO CASA.

Tema gastadísimo es el de la decadencia de la literatura en México; pero, aunque esté, tiene de servir á algunos devotos de las letras, como yo, para escribir artículos que sean lamentaciones, particularmente cuando el mal arrecia ¡y no es poco lo que ha arreciado en los últimos años!

Leo la prensa diaria, con ya incurable avidez y, aparte de una que otra poesía, cuyo autor siempre casi es un vate provinciano, nada hallo de resalte en cuanto al arte se refiere. Acaso Manuel J. Othón y Rafael Delgado sean hoy por hoy los más fieles cultivadores de la heredad literaria. Tal vez la atmósfera de la metrópoli atrofia al escritor, esteriliza su numen; porque, en puridad, aquí pocos escriben. Algunos coleccionan lo que ya tienen escrito; pero hasta en los jóvenes obsérvase el cansancio, la tristeza del viejo que saca de su claveteado baúl, como para enterrarlos decorosamente, papeles que le traen recuerdos de la infancia.

Los veteranos de la literatura se han embozado el capote, y al calor de la humeante fogata refieren las piezas de sus huestes. Unos en la diplomacia; otros, en las Cámaras; éstos en el periodismo político; aquéllos en la burocracia, luchan por la vida, dejando abandonada la poesía, como á doliente, inconsolable Dido.

En otras épocas, la política fué musa. Era la Libertad, era la Reforma, era el clarín que convocaba á los combates épicos. Entonces suscitó Tirteos como Guillermo Prieto. Hoy la política es cifra:

tantos kilómetros de ferrocarriles, tantos cupones, tantas entradas aduanales. La paz tan favorable para la República es, por lo pronto, perjudicial para el Parnaso. Los poetas de antaño no comían; pero cantaban. Los de ogaño comen y no cantan. ¿Será verdad que del Hambre son hijas las musas? Podía esperarse que las instituciones derruídas tuvieran grandes cantores elegiacos. La tristeza inspira; lo pasado tiene misterio, sideral hechizo, y en su tremulante claridad de luna, vagan cantando las hadas. Pero ¿en dónde está el poeta egregio que lllore en los escombros y ruinas del templo derrumbado? ¿En dónde el que narre con divino idioma las grandezas ya idas? El más preclaro de todos aquellos en quienes pudiera suponerse tal propósito, el Sr. Canónigo D. Joaquín Arcadio Pagaza, refúgiase, y bien hace, en los huertos tibereanos, reviviendo «en la vernácula zampona cánticos helénicos.» Roa Bárcena es admirable paisajista. Pero ¿quién llora en el sepulcro de los ideales ya no amados por una gran parte de esta incrédula generación? Poetas de novena, arrapiezos seminaristas, sochantres gangosos, mónagos traviesos, substituyen á los poetas que en no remotos días cantaron dignamente las bellezas del cristianismo.

En el campo liberal—desde que ya no es campamento,—los viejos vates duermen fatigados. Mas ¿los jóvenes. . . ?

Estos, hoy en día, se cansan pronto. Como no tienen que lidiar por algo que merezca el sacrificio de todo interés propio, apenas los ilumina, para que sean vistos, la primera llamada de su inteligencia; hay quien los lleve á una oficina ó los traiga al periodismo. Cambian el peso fuerte que traían y lo van gastando en centavos.

Y el periodismo les va sorbiendo paulatinamente todo el jugo. En la prensa la uva pronto es pasa. Acostúmbranse, por fuerza, á que el pensamiento no guarde el decoro debido, á que no se acicale para salir á la calle. Muy pocos conservan las energías vitales de su inteligencia tras tan dura faena. ¡Y cuántos mueren, como Luis Ponce y otros muchos, sin haber tenido el tiempo suficiente para hacer un trabajo de selección de sus propios escritos, reuniendo en fresco ramillete lo más fragante de ellos!

Tal trabajo (al que se entrega hoy Adalberto A. Esteva, quien muy en breve publicará un tomo de versos), tiene mucho de tristeza. La verdad es que, para vivir contento, hay que andar mirando adelante adonde están todas las mentiras, sin volver la vista atrás, adonde quedan todas las verdades. Tiene algo de testamento esto

de reunir poesías en un volumen. Primero, como artista experimenta una amarga decepción. Evidentemente y sin falsa modestia, esas composiciones nos parecieron bellas cuando las dimos á la estampa. Y después de algunos años ¡qué malas nos parecen! Ya están viejas, ya no las queremos, y todos sus defectos, todas sus arrugas aparecen de relieve á nuestros ojos. Sentimos vergüenza, como si en la calle nos dijeran:—á esa fea que va allí, tú la quisiste! —Es preferible que se queden envueltas en la bruma del recuerdo, que no vuelvan jamás esas ausentes de quienes apenas nos acordamos, pero todavía con algún cariño.

Hay algo de salida de baile en esta recolección de cosas pasadas. Luego, los sentimientos que inspiraron esas poesías se han extinguido como las brasas en el hogar. Me da risa, por ejemplo, tropezar con unos versos que publiqué á los 18 años, y en los que amargamente lamentaba mi desgracia. Y es probable que al escribirlos lo sintiera. ¡Oh, amigos míos, este juicio final de versos propios, es muy triste! Se va entrando en el altamar de la vida, se cree que no se ha amado ni sufrido antes, y las estrofas en que cantábamos amores ó llorábamos infortunios, nos parecen pueriles, ó, mejor dicho, personas extrañas que vienen, intrusas, á habitar en nuestra casa.

Yo aconsejo, sin embargo, á todos los poetas de talento, que se resignen á las tristezas de esa desconsoladora selección. Y asimismo les digo que no sólo recopilen, que no sólo reproduzcan, que no sólo entierren, dándoles cristiana sepultura, versos suyos, sino que den vida á otros nuevos. Me entristece que Luis Urbina, poeta genial, copie en el *Siglo XIX* sus versos viejos. Luis Urbina está obligado á tener siempre versos nuevos. Y hasta me entristece que sea orador en fiestas cívicas.

En cambio, cuando leo el *Siglo* por las tardes y me hallo con una gota de rocío, con una gota de perfume, caída de la pluma elegantísima de nuestro anacreonte, de Rafael Zayas, siento frescura en el espíritu. Ese viejo. . . . ¡perdón! ese muchacho, aun no deja á la pobre Dido abandonada.

Siento alegría al ver en el *Universal* versos de José Juan Tablada, pensados en francés, casi escritos en francés, algo neuróticos, pero siempre bellos y reveladores de un gran talento artístico. Me regocija que Fernán Grana siga libando la miel de mirtos jónicos y que Balbino Dávalos, al traducir, haga creaciones verdaderas. ¿Qué haría yo para sacar á *Micros* del *Nacional*; á Bustillos y Carlos López



del Correo. . . . á tantos otros que se tragan esos pozos llamados redacciones ú oficinas?

Tener dicho dinero, claro está: y á tenerlo, de cierto que lo haría.

Pero entretanto (este entretanto quiere decir entre mucho), no tenemos una publicación literaria de importancia, ni un saloncito en donde hablar de arte. Casi ni amigos tenemos.

Por fortuna, el mozo acaba de traerme el *Correo de San Luis*, correspondiente al domingo último. Suelo consolarme leyendo esos Correos dominicales.



EL BEATO CALASANZ.

EL BEATO CALASANZ es un poema que Justo Sierra nos leyó el sábado pasado. El poeta de las grandes metáforas que abren sus alas de plumaje espléndido sobre los picos más altos de la nieve eterna; el poeta de las tristezas hondas, ocultas á los ojos de la gente profana, pero no á la contemplación de los iniciados en los divinos misterios; el que suele oficiar, ante concurso numeroso de creyentes y discípulos, en catacumbas cuyos nichos de mármol guardan reliquias de fe muerta y en cuyas lámparas débilmente oscilan verdes flámulas de esperanza; nos da el BEATO CALASANZ un drama parecido, en lo profundo de la idea y en la arrogante hermosura de la forma, á algunos de esos «DRAMAS FILOSOFICOS» de Renán, que son acaso las urnas de alabastro en que el arte moderno ha conservado el más precioso licor del arte antiguo.

El BEATO CALASANZ se parece á éstos, no porque haya similitud de traza, parentesco de argumentos entre el poema de Justo y algún «Drama» de Renán, sino porque una cadena áurea, como la en que eslabonaba Aquino las verdades teológicas, eslabona las bellezas, y de la contemplación de una nos lleva, por el recuerdo, á la contemplación de otra. Así al oír á Sierra recordaba la *Abadesa de Tonarre*, y no porque el pensamiento filosófico de nuestro egregio poeta sea hermano del de Renán, sino porque la poesía de EL BEATO como la prosa poética de los DRAMAS FILOSOFICOS es la hermosa viuda de un esposo divino, la gran Triste de luctuosas tocas